

La conversión de un filósofo (I)

Itinerario, Providencia y libertad

Eduardo Peláez

Sumario

Primera parte. 1. El itinerario de la conversión del profesor Manuel García Morente: 1.1. Un documento excepcional: el relato de la conversión.- 1.2. La conversión como acontecimiento decisivo en una vida.- 1.3. En el pórtico del Hecho extraordinario.- 1.4. Un cambio de escenario.- 2. Providencia y libertad: 2.1. La idea de la Providencia.- 2.2. El recurso de la oración.- 2.3. Ante un problema vital y filosófico.- 2.4. Una Providencia sabia pero incomprensible.- 2.5. El encuentro con el Dios-Hombre: la noche del 29 al 30 de abril.- 2.6. La solución al problema planteado.- 2.7. Una cuestión en el candelero: Providencia divina y libertad humana.- **Segunda parte.** 3. El "Hecho extraordinario": una gracia que le confirma en la fe.- 4. La actividad de Morente después de su conversión: 4.1. Un nuevo estilo de vida y reacciones.- 4.2. La transformación de la gracia.

1. El itinerario de la conversión del profesor Manuel García Morente

1.1. Un documento excepcional: el relato de la conversión

En el caso de la conversión que analizamos, la de Manuel García

Morente, catedrático de Etica en la Universidad de Madrid, y en 1936 Decano de la Facultad de Filosofía, disponemos de un documento excepcional, por tratarse de la narración en primera persona del camino que recorrió hasta encontrarse con Dios. El mismo redactó en septiembre de 1940 un extenso relato [1] de su conversión en la soledad de unos días de oración. El manuscrito -"sesenta densas cuartillas"- lo conserva una de sus hijas, María Josefa, que lo encontró entre sus papeles después de su muerte. El único interés que le movía a redactarlo era darlo a conocer a su director espiritual en el Seminario de Madrid, D. José María García de Lahiguera. La intención de Morente era abrir su alma a quien le conocía y le podía orientar, venciendo su vergüenza y pudor, para contar lo acontecido aquella noche del 29 al 30 de abril de 1937. Anteriormente a nadie había hablado de su conversión con tanto detalle, pero sobre todo, de lo que sucedió a continuación de su conversión, que él mismo califica de "hecho extraordinario". Le confía el deseo de conocer su opinión y su consejo "y no volver ni a aludir a esto ni siquiera ni aún con usted mismo" [2]. Ni Morente, ni Lahiguera, mientras éste vivió, jamás enseñaron o hablaron de este documento, que no fue hecho público hasta después de su muerte. "Yo preferí el silencio", comenta el Prelado. "Él lo aceptó humildemente, pues ni indirectamente curioseó en mi opinión. ¡Esto es sacrificio de la curiosidad y verdadera humildad! ¡Murió, pues, sin saber mi juicio sobre el hecho más grande de su vida!" [3].

Gracias a este relato, que no escribió pensando en su publicación, podemos conocer el proceso conversional del profesor jienense, y poseer un estudio, o mejor dicho, un análisis riguroso y pormenorizado, que nos atrevemos a calificar de filosófico- dentro de la tradición de pensamiento existencial o vital iniciada por San Agustín- del encuentro de la razón filosófica con la fe. Escrito tras un largo periodo de lo acontecido en aquella soledad parisiense, sus reflexiones se realizan con la iluminación que el acontecimiento ha supuesto en su modo de entender la totalidad de la existencia humana [4]. "El hecho extraordinario es un documento autobiográfico de excepcional interés -opina Millán-Puelles-. Con estricta verdad no se puede decir que de un modo exclusivo se refiera a un episodio aislado, porque la vida de Morente queda en él recogida -centrada en unos momentos esenciales, donde confluyen todos los anteriores- y meditada en su más entrañable hondura. Los aspectos biográficos, los filosóficos y los sobrenaturales, claramente diferenciados, se enlazan e interpenetran, sin embargo, constituyendo una unidad indivisible" [5].

No es nuestro propósito adentrarnos en la experiencia psicológica que

la conversión supuso para su persona, sino encontrar las claves antropológicas, metafísicas y teológicas explícitas o implícitas en el relato que arrojan luz sobre la relación entre la fe y la razón filosófica, de alguien que podemos considerar, de algún modo, como representativo del pensamiento de la Modernidad, particularmente de estos tres últimos siglos.

Reconsiderando su situación personal antes de la conversión, nuestro autor escribirá pocos meses antes de morir: "Cuando la fe religiosa abandona un alma, deja en el fondo de ella, por decirlo así, un vacío que con nada se llena y que desquicia la voluntad. El alma sin religión pierde su unidad: no sabe qué hacer, qué querer, qué desear; y sus resoluciones, privadas de esa cohesión unitaria que sólo el fundamento sobrenatural confiere, son contradictorias, disidentes, caprichosas, subversivas" [6].

Y dando cuenta al obispo de Madrid-Alcalá, Mons. Eijo y Garay, en su carta fechada en Tucumán el 27 de abril de 1938, de la génesis de su conversión, anota "Mis pensamientos se orientaban, cada día más y con más insistencia, hacia la única luz de salvación que alumbra en la vida del hombre: la santísima figura de Nuestro Señor Jesucristo que siendo Dios, quiso sufrir y padecer por el hombre en prenda de amor infinito" [7]. En Jesucristo se revela en plenitud el plan salvífico de Dios, de un Dios Personal, Creador y Providente, que está en todos los detalles. Es algo que acomete desde el comienzo de su relato, porque lo que le deslumbra es que Dios no sea un ser lejano, frío, indiferente con la suerte de los hombres, sus criaturas, e "insiste (es como un motto musical) en que su vida no la hacía él solo, sino que alguien en él, sin contar con su permiso, se hacía presente en ella como una voluntad que tenía que acabar siendo reconocida como propia. Eso lo dice no en tono de protesta, al contrario. Su concepto de Dios era el de un Dios providente, un Dios que tiene que ver con el hombre" [8]. Un descubrimiento que le asombra, algo que hasta entonces no consideraba como aceptable dentro de su sistema de pensamiento.

A lo largo de la narración aparece claro el contraste entre sus planteamientos especulativos y prácticos mantenidos hasta entonces con el mundo de la fe, que le llevará a reconocerse creatura y a saber que ha estado moviéndose, sin que haya sido consciente de ello, en las manos de la Providencia. Un Dios que nos ama hasta el extremo de irrumpir en la Historia de los hombres, naciendo en Belén, pasando

haciendo el bien y muriendo en la Cruz (como luego considerará según las anotaciones que se conservan de sus ejercicios espirituales de 1940) [9].

1.2. La conversión como acontecimiento decisivo en una vida

Los relatos de conversiones, repentinas o graduales, nos proporcionan elementos siempre valiosos para una reflexión sobre la relación entre los planteamientos racionales o vitales y la fe. No vamos a analizar el fenómeno conversional, pero sí a tratar de enmarcarlo en el contexto en el que se realiza de un modo general- si es posible hablar así- el actuar de la gracia (la iniciativa siempre es divina), en el interior de la persona en el que se realiza dicho proceso. El abanico de las trayectorias posibles son innumerables, los caminos incontables, tantos como personas. Sin embargo nos interesa reflejar el interés actual de la cuestión y más por lo que respecta a la conversión de un intelectual que ha llegado a la madurez de su pensamiento, así como considerar que en el paso dado por Morente no predomina el temor, la angustia, la huida de la realidad, la búsqueda de un refugio para la conciencia atormentada, ni es fruto de un estado de ánimo patológico.

La conversión supone un cambio de mentalidad, un vuelco en el modo de percibir la realidad, de enfocar la existencia. Los puntos de referencia, que hasta entonces daban seguridad, se tornan injustificados e invitan a un desandar lo andado, a radicar la vida en un suelo firme, el de la fe en el Dios vivo. El horizonte existencial, el modo de pensar, las actitudes y las obras reciben nueva iluminación y se muestran de un modo novedoso, con un atractivo que hasta ese momento no se vislumbraba.

Es el caso de tantos conversos a la fe; bástenos como casos paradigmáticos el de San Agustín y el de Paul Claudel, itinerarios que muy posiblemente Morente conoció y comparó posteriormente con los sucesos que él vivió en París. Como a ellos, le llevaron a una certidumbre inamovible en la proximidad de un Dios providente. Reconocerle entonces, abrirse a Él, entregarse a Dios, sometiéndose y haciendo suya su Voluntad es encontrarse a sí mismo, darle un sentido global a su existencia, unificar -dotándola de sentido último- la vida pasada, la presente y la futura. Aparece en el alma junto con la conversión realizada una sensación inefable, que aquietta y reconforta, que consuela y embarga de gozo indescriptible. Esa sensación, de dulzura tan singular, acompañó ya para siempre tras la conversión

operada en Morente: "Una gran paz se había adueñado de mi alma" [10].

Ortega había descrito el vivir como "brazadas que el ser humano da para sobrevivir de un naufragio, en las aguas borrascosas de la nada". Afirmación que podría hacer suya Morente cuando sintonizaba con el magisterio de su compañero de Facultad y amigo. La existencia se traducía para él, de algún modo, en un desasosiego continuo, pues su última seguridad -su consistencia ontológica- se alzaba sobre el vacío. De este modo su "ser en el tiempo" se reducía a un proyecto vital de signo historicista, que desembocaba en la nada. Sin embargo por Providencia divina "el naufragio" recibe la alegría de ser recogido a tiempo, o con una imagen preferida por Newman, "la barca que navega en la tormenta y llega felizmente a puerto seguro".

San Agustín, que supo guiarse con soltura en las profundidades del corazón humano, nos describe la situación en que se encontraba antes de su conversión. "Caminaba por tinieblas y resbaladeros y te buscaba fuera de mí, y no te hallaba, ¡oh Dios de mi corazón!, y había venido a caer en lo profundo del mar, y desconfiaba y desesperaba de hallar la verdad". Es Dios con su presencia inefable quien aparece como luz que disipa las tinieblas interiores, las dudas, las resistencias y vacilaciones; como verdad que se revela con su claridad y arrastra; como voz que se articula o no en palabras y reclama la atención, para percibirla como llamada a transformar la vida. "¡Qué felices son las personas que creen! -exclama Claudel-, ¿y si fuera verdad, no obstante? ¡Es verdad! Dios existe, está ahí. ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! Me ama, me llama!" [11]. El literato y político francés reconstruye la trayectoria de su camino conversional, hasta el encuentro con Dios, que se traduce en una convicción firme e indubitable: "en un instante mi corazón fue tocado y creí. Creí con tal fuerza de adhesión, con tal subversión de todo mi ser, con una convicción tan poderosa, con una certeza tan grande que no dejaba lugar a especie alguna de duda, de modo que, después, todos los libros, todos los razonamientos, todos los azares de una vida agitada no han podido hacer vacilar mi fe ni, a decir verdad, tocarla" [12].

En el horizonte del convertido emerge un norte claro, Dios -el verdadero "Dios a la vista"- que orientará en adelante su vida, que dará sentido a todo lo que hace, incluso a toda su vida anterior y a sus aspiraciones futuras, el único que será capaz de integrar en una unidad plena los diversos aspectos y facetas de su existencia,

colmándolas a la vez de un sentimiento de confianza y de alegría.

El itinerario agustiniano es también paradigmático, quizá como primer analogado en todo relato de conversión, de lo que supone este acontecimiento, el hallazgo de sentido de la existencia. Así lo expresa Galindo: "La historia de Agustín es la historia de una inquietud que tiene una etapa de sin-sentido; otra, desde la conversión, de relativa quietud, en la que comienza a realizar en sí su propio sentido; y la tercera, que todavía es esperanza, de perfecta quietud en la Quietud que es Dios, en la que su sentido se identifica con el Sentido" [13]. Convertirse es así lo opuesto, la reacción, a la anterior dispersión exterior vivida hasta ese momento, o a la disgregación interior (el *divertissement* pascaliano) una diversión o un verterse hacia fuera en las mil inquietudes y problemas con los que se tiene que enfrentar continuamente, logrando una integración que dota de verdadero sentido a la vida; o, en otras palabras, se traduce un "dar con el sentido de la vida", centrado en el verdadero Centro de la criatura. No quiere esto decir que traspasado el umbral de la conversión no se requiera un empeño renovado por volver al Fundamento, pero el camino queda abierto, expedito, para ser recorrido en sucesivas ocasiones. Cualquier circunstancia desde el acontecimiento de la conversión, cualquier suceso por pequeño que sea, aparece desde entonces iluminado por ese faro encendido en lo más íntimo de su persona, por el encuentro con Dios.

1.3. En el pórtico del Hecho extraordinario

Para comprender en profundidad el contenido del relato de Manuel García Morente es preciso considerar su formación humana e intelectual junto con la actitud religiosa que tuvo desde su infancia [14].

Hijo de un médico de ideas liberales y de una madre de profundo sentido católico fue educado en el liceo de Bayona cuando contaba con ocho años de edad. Tras el fallecimiento de su madre prosigue sus estudios en Francia donde perderá la fe. Fue entonces, en plena adolescencia, cuando se negó a ir con su hermana mayor Guadalupe a la iglesia "porque él ya no creía". Guadalupe no insistió, ni discutió con él, sino que se limitó a rezar y sólo en el lecho de muerte en 1928, le pidió "que no resistiera a la gracia de Dios si ésta venía a visitarle". Finalizados sus estudios de Filosofía en París regresa a Madrid donde cercano a la "Institución Libre de Enseñanza" se mueve en un ambiente naturalista donde, a pesar de la aparente neutralidad religiosa, su laicismo resulta notorio. Tras unos años de enseñanza,

en 1909 viaja a Alemania, donde asiste a las clases en la Universidad de Berlín y aprende alemán a un ritmo que le causará una crisis nerviosa. Fue un hecho ocasional de origen somático y que no indicaba ningún desorden psíquico, al que hará referencia en el relato de su conversión. Ocurrió a los pocos meses de llegar a la ciudad alemana. Por agotamiento intelectual sufrirá durante un tiempo una agorafobia (es decir un temor a cruzar espacios abiertos y permanecer con un grupo de personas) [15].

En el curso siguiente continuó su formación filosófica en la Universidad alemana de Marburgo donde se familiarizará con el neokantismo. Puede pensarse que esta filosofía, que abandonará pronto, le justificaría en su agnosticismo. La huella dejada en cambio, en la concepción del mundo, será duradera: "La fe perdida, la soberbia de un pensamiento autónomo construyendo sistemas del Universo sin Dios o, lo que es lo mismo, con un Dios que de Dios sólo tiene el nombre".

A principios de 1912 regresa a Madrid y gana la cátedra de Ética en la Universidad Central cuando sólo contaba veinticinco años de edad [16]. Hecho que le llenará de vanidad y engreimiento: "¡El catedrático más joven de España!", como él mismo considerará, impartiendo su magisterio desde un pedestal agnóstico. Poco después, el 13 de mayo de 1913, se casó con Carmen García Cid, de honda fe, alumna del colegio de Málaga de las religiosas de la Asunción (congregación francesa fundada en el siglo XIX). Su esposa respetó su modo de pensar, aunque trató de ganárselo con su ejemplo y oración. Él vería gustoso que sus dos hijas más tarde se educaran en la Asunción.

Colabora con Ortega en la Revista de Occidente, es redactor de la Revista General, de El Sol y del Diario de Madrid. Su prestigio en pocos años fue creciendo tanto en la Universidad, en los salones literarios como en el círculo de amistades, por su gran cultura y su claridad expositiva. Acudía con especial agrado a los conciertos, siendo conocida su gran afición a la música, que amaba "apasionadamente y la conocía y entendía como pocos", según cuenta una de sus hijas [17]. Durante el curso académico 1920-21 se licenció en Derecho como alumno libre por la Universidad de Murcia.

El 27 de junio de 1923 recibe un duro golpe: la muerte de su esposa.

Habían sido diez años de convivencia familiar intensa, de dicha, donde ella se había integrado con naturalidad en el ámbito social e intelectual de su marido. El fallecimiento de su esposa Carmen le llenó de desamparo, de dolor, de desolación. Ella parecía la única persona insustituible en su existencia y quedó con sus dos hijas de nueve y cuatro años. Ellas le acompañarían a sus visitas semanales a la tumba de su esposa. Cuando llegaban, la hija mayor se arrodillaba y rezaba, mientras él permanecía de pie, con la cabeza descubierta y absorto. Cuando la hija se distraía o desviaba su atención a un lado u otro le decía suavemente: "anda reza, reza".

Poco a poco el punzante dolor fue cediendo y espaciándose sus visitas al cementerio. Su vida se va llenando de una intensa actividad, de un trabajo incansable. En 1930 fue nombrado subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, durante el gobierno del general Berenguer. En 1931 por unanimidad del claustro de profesores, es designado Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Fue en esta época cuando emprendió tareas e iniciativas de envergadura, como terminar la nueva Facultad en la Ciudad Universitaria, organizar la biblioteca, promover cursos para extranjeros... En 1932 es elegido Académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Poco antes había dado conferencias en Weimar. Al año siguiente dirige el crucero por el Mediterráneo, como cuna de la cultura occidental, en el "Ciudad de Cádiz". Será en 1934 cuando viaje a América, para impartir un curso de Filosofía, invitado por la Asociación de Cultura de Argentina en Buenos Aires.

En ese mismo año su hija mayor se casará con Ernesto Bonelli, que ella conoció desde pequeña. Morente lo apreciaba y descubría en él virtudes y cualidades sobresalientes. Lo describe como entusiasta, alegre, con inteligencia despierta y gran corazón [18]. De una acendrada religiosidad pertenecía a la Adoración Nocturna, circunstancia que posiblemente influyó en su desgraciada muerte.

1.4. Un cambio de escenario

El matrimonio de los Bonelli había tenido dos hijos, María del Carmen que tenía entonces un año recién cumplido y Emilio, que había nacido hacía dos meses. La guerra civil acaba de estallar y el 28 de agosto de 1936 Ernesto fue sacado de su casa y asesinado por las milicias en la Vega Baja de Toledo, donde vivían. La conmoción de la noticia para

Morente ha quedado plasmada en el comienzo del "Hecho extraordinario", como la angustia en que vivió aquella interminable tarde de verano, hasta ver llegar a Madrid, ya de noche cerrada, a su hija con los nietos. Allí la familia permaneció en constante inquietud.

Casi al mes de su destitución del decanato y de la cátedra le llegó confidencialmente la noticia de que peligraba su vida, "pues se había acordado por ciertos elementos descontentos de mi gestión en el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras darme la muerte, como era normal entonces", como cuenta en el "Hecho extraordinario".

Con salvoconducto llega a Barcelona y de allí pasará a Francia. El 2 de octubre de 1936 llega a París "sin dinero y con el alma transida de dolor". Angustiado por la suerte de su familia, con dudas y temores por si había sido prudente su decisión de huir. En París unos amigos lo acogen y le ayudan. Narra en el "Hecho": "Un buenísimo amigo (Ezequiel de Selgas), español, que tenía -y tiene- un pisito en París, puso a mi disposición un cuarto con una cama y un armario. Una buenísima señora (M. Malovoy), francesa, viuda de un antiguo compañero mío de estudios de la Sorbona -muerto gloriosamente por su patria en 1914-, me brindó caritativamente la mesa de su hogar. Dormía, pues, y comía".

Selgas pasaba muchas temporadas fuera de París y Morente quedaba solo en el piso. Ocho meses duró la estancia de Morente en la capital francesa. Ocho largos meses en los que pensaba en los suyos, en cómo sacarlos de España, en su pasado y en su futuro. Aquella soledad le ponía ante su conciencia con colores vivos la realidad de su vida: "a veces repasaba de memoria todo el curso de mi vida; veía lo infundada que era la especie de satisfacción modorrosa en que sobre mí mismo había estado viviendo". Con el desasosiego interior su iter spirituale comenzaba a recorrer nuevos senderos planteándose, con toda su hondura, el sentido de su vida. Más tarde considerará: "El sufrimiento, que es intolerable cuando carece de sentido- es decir, para todos los no creyentes-, se convierte en base de esperanza y consuelo máximo para los creyentes al ofrecerlo a Dios y referirlo a su Providencia eterna" [19]. Sufría una "incurable inquietud" tras el cambio dramático de circunstancias. Ha pasado de una posición acomodada y tranquila como Decano de la Facultad de Filosofía a estar desorientado en el exilio, en condiciones económicas precarias, con su familia abandonada en Madrid.

El insomnio hizo bien pronto huella en él. "En París el insomnio fue el estado casi normal de unas noches tristísimas". Soledad, reflexión que derivaba en inquietud, "sentimiento de humillación" por su situación que consideraba insalvable. Tras cinco interminables meses en aquellas circunstancias recibió el encargo de la Editorial Garnier Frères de elaborar un diccionario francés-español, gracias a las gestiones de un editor catalán, amigo suyo, refugiado también en París. Aquello supuso un respiro económico y un alivio a su ánimo. "Me puse al trabajo febrilmente y me sentí mucho mejor y más consolado. Ya tenía al menos, un antídoto diurno, algo con que llenar las horas del día; las de la noche, por desgracia, no podían sustraerse tan fácilmente a la garra del insomnio, de la preocupación, del desasosiego, de la inquietud moral y espiritual".

2. Providencia y libertad

2.1. La idea de la Providencia

En marzo de 1937, recibe un cablegrama de otro amigo suyo, el profesor Alberini, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, el que le ofrece la cátedra de Introducción a la Filosofía en la Universidad de Tucumán. Morente contestó que se trasladaría a la Argentina si podía conseguir que sus hijas y sus nietos se reunieran con él. Había ya iniciado gestiones, para que pudieran salir de España, en la Cruz Roja Internacional y en la embajada inglesa, pero fracasaron.

La puerta de la esperanza que se había empezado a abrir con el encargo del diccionario, y el ofrecimiento de la cátedra en Argentina se desvaneció. Le acometió entonces la idea -"extrañísima en mí que no era creyente" comenta- de que aquello era "un castigo de Dios por mi egoísmo y cobardía". Pero pronto la rechazó "con orgullo intelectual". Serán aparentes "casualidades" quienes le llevarán a reconsiderar la idea de la Providencia. Pocos días después, en una visita a Ortega, que vivía en aquellos meses en París, la lectura del rótulo "Rue de l'Assomption", calle por la que ya había transitado en otras ocasiones, le trae el recuerdo de su esposa. En efecto, aquella calle de Auteuil se denominaba así por estar situada en ella la casa madre y convento de las monjas Asuncionistas, con quienes se había educado su mujer en Málaga. Esto le ayuda a "abrir los ojos" a una realidad cercana pero que no "veía", para la que había estado como ciego: "Muchísimas veces había yo pasado por allí en aquellos días y en aquellos meses, y nunca había visto en realidad ni la calle ni el convento ni nada de esto".

En casa de Ortega se encontraba de visita un catedrático de la Universidad de Madrid, muy amigo suyo, uno de cuyos hijos era el secretario particular de Negrín, ministro de Hacienda del gobierno de Largo Caballero, y que le informó que precisamente su hijo llegaba al día siguiente. Morente pudo entrevistarse con él, obteniendo la promesa de que le pediría a Negrín, amigo también suyo, el pasaporte necesario para su familia.

Fue en esas circunstancias que no logra controlar, ajenas a su querer, cuando comenzó a abrirse una brecha en la seguridad con la que ha vivido hasta entonces, de poder dominar su "destino". El rumbo de su vida está intervenido por Alguien -considera- que le lleva a sentir su pequeñez al saberse incapaz de cambiar su curso implacable. "Yo me quedé pasmado. El conjunto de lo que me estaba sucediendo tenía caracteres verdaderamente extraños e incomprensibles. Alrededor de mí, o mejor dicho, sobre mí, se iba tejiendo, sin la más mínima intervención de mi parte, toda mi vida... yo permanecía pasivo por completo e ignorante de todo lo que me sucedía. Diríase que algún poder incógnito, dueño absoluto del acontecer humano, arreglaba sin mí todo lo mío... Tuve profunda y punzante la sensación de ser una miserable briznilla de paja empujada por un huracán omnipotente. Por tercera vez la idea de la Providencia se clavó en mi mente (...) ¿Qué está haciendo de mí -pensaba- Dios, la Providencia, la Naturaleza, el Cosmos, lo que sea...?"

2.2. El recurso de la oración

Se rebelaba ante la impotencia de su voluntad anulada para intervenir en los engranajes de su propia vida. Con el rechazo del Dios vivo y Providente, su pensamiento oscilaba entre el determinismo azaroso de un Dios "al modo espinosiano", o el de la libertad absoluta, de la autonomía completa, que no puede quedar limitada por un Ser superior sin que esta se muestre ficticia o falsa.

El ex-decano de la Universidad Central se sorprende. La creencia en Dios comienza a aparecer como una opción en el horizonte de sus reflexiones, pero considerada como sentimiento religioso que exige la sumisión total, la anulación de la libertad. "No podía nada -escribe- y todo lo bueno que le estaba ocurriendo tenía su origen y propulsión en otro poder bien distinto y hartamente superior". Se refugia en la idea cósmica del determinismo universal y en ese momento cruza por su mente la posibilidad de rezar, de pedir a Dios, pero el sedimento que ha dejado en su espíritu la formación kantiana y espinosiana le lleva a

cerrarse ante dicha posibilidad: "lo rechacé también como necia puerilidad".

Ese "Dios a la vista" que contempla no es el verdadero Dios. "Pensaba en Dios; pero siempre en el Dios del deísmo, en el Dios de la pura filosofía, en ese Dios intelectual en el que se piensa, pero al que no se reza. Dios no humano, trascendente, inaccesible, puro ser lejantisimo y puro término de la mirada intelectual. Considerábalo en su providencia, sí, pero como un poder infinito con el cual el hombre no tiene más relación que la de una reverencia total, muda e inmóvil, esa "absoluta dependencia" con que Schleiermacher define el sentimiento religioso", sigue contando en el "Hecho".

Después de la entrevista con el secretario de Negrín, Morente confiaba en que la llegada de los suyos no se haría esperar. Pero pronto recibirá la mala noticia de que las gestiones realizadas se frustran. El 27 de abril recibirá un telegrama que quiebra sus ilusiones: "Imposible viaje". Todos sus proyectos se le vinieron abajo y él vuelve a derrumbarse, llenándose de pensamientos sombríos.

La imposibilidad de acceder (por parte de una razón que se cree autosuficiente) a una Realidad trascendente, le llevaba a un punto muerto cuando trataba de hilvanar de un modo lógico sus reflexiones. "Ese desgarró interior, esa escisión entre la voluntad impotente, pero llena de querer y voliciones afectivas, y frente a ella el curso implacable, fuero incognoscible, de los hechos; ese abismo entre un yo que quiere ser y una realidad que es lo que es, independiente del yo volente, eso es lo que me torturaba hasta lo indecible". El curso de los hechos que se realizan sin contar con el yo volente, "el yo que quiere ser", viene a ser el desmentido de toda su filosofía de la vida, de una filosofía de la historia entendida como providencia secularizada en poder del hombre. Sin su libertad los hechos, sus actos, y su conjunto que es su vida carecerán de sentido, pues no está en su mano dárselos en plenitud.

2.3. Ante un problema vital y filosófico

Veía el porvenir sumamente oscuro. A sus hijas en Madrid, siendo inútil buscar cualquier medio para su salida fuera: "el Gobierno no

quería dejarlas salir de España". "Todo el día 27 y su noche estuve dándole vueltas a estos pensamientos particulares: mi situación, mis hijas, mi casa de Madrid, mi porvenir inmediato o remoto, el de los míos". Al día siguiente queda solo en el piso por unos días, con esa soledad de la que "varias veces he escrito con elogio". Una soledad deseada que influirá "no poco en mi estado de ánimo".

A continuación ve necesario "pensar ordenada y metódicamente, no al capricho momentáneo y como a salto de mata". Sin advertirlo al principio de un modo consciente analiza no ya su caso particular, sino que se situaba en un plano universal para afrontar un problema metafísico, el de la vida humana general "a través de mi caso particular". Comprende que es el método adecuado para resolver los problemas, pues siempre ha huído del "solipsismo" o "el mirarlos desde un punto de vista subjetivo". Sólo de este modo lograría alcanzar "la verdad objetiva y general", es decir, auténticamente filosófica.

Hace primero un repaso general, de todo lo que le había sucedido, desde que comenzó la guerra. El resultado de su reflexión que le apareció evidente era: "Mi vida, los hechos de mi vida, se habían hecho sin mí, sin mi intervención. En cierto sentido cabría decir que yo lo había presenciado, pero de ningún modo causado". Era espectador, pero no ejecutor y sin embargo era "mi vida". "¿Quién, pues, o qué o cuál era la causa de mi vida que, siendo mía, no era mía?". "Los acontecimientos eran hechos de mi vida, esto es, míos; pero, por otra parte, no habían sido causados (...) por mí; esto es, no eran míos". Dentro de su sistema filosófico de la vida no tenía sentido: "había alguna contradicción evidente". "Por un lado, mi vida me pertenece, puesto que constituye el contenido real histórico de mi ser en el tiempo. Pero, por otro lado, esa vida no me pertenece, no es estrictamente hablando mía, puesto que su contenido viene, en cada caso, producido y causado por algo ajeno a mi voluntad".

2.4. Una Providencia sabia pero incomprensible

De la reflexión metódica de que la vida se hace sin él va a plantearse la posibilidad de la Providencia divina. Sólo encuentra una solución a la antinomia. La vida era suya porque la vivía, pero alguien distinto de él la hace y "me la entrega", se la regala, para que la considere suya. Ahora le aparecen dos nuevos problemas: ¿Quién es ese algo o alguien?, y ¿si no aceptase el regalo?

Considerando que estaba planteando correctamente las reflexiones,

"resolví establecer una especie de investigación metódica sobre los dos problemas". Con orden empieza por el primero, y le aparece en la mente enseguida la idea de Dios. Pero la considera pueril "si hay Dios no se cura de otra cosa que de ser". En su horizonte mental Dios es un Dios lejano, que no condesciende al nivel humano y, si lo hace, la historia humana no admite ser irrumpida por la divinidad, sin que deje de ser historia humana. Sin embargo, no sin el auxilio de la gracia, Morente hace notar que va a proseguir su investigación con un método inverso al que suele emplear ante un problema filosófico o metafísico. Comienza a indagar la tesis providencialista, a la que se resiste, oponiéndole objeciones. En un primer momento piensa que la Providencia, de darse, sería un "estricto determinismo causal". Pero eso no cuadraba con una vida ("la mía, que yo no hago, sino que recibo") que se compone de hechos plenos de sentido. En cambio el mero determinismo natural -físico e histórico, psicológico- no puede producir hechos llenos de sentido, como son los hechos de la vida, "que son inteligibles e inteligentes, encaminados sabiamente a ciertos fines y efectos". Al contrario, la libertad real (mi vida) y la Providencia (sabia, poderosa, activa y ordenadora) tienen que poder articularse. Al tiempo que encontraba consuelo con la idea de que "hay" una razón o causa explicativa (aunque no sepa cuál), le desconcierta que una Providencia sabia pudiese asestarle "un golpe tan terrible".

El sólo pensamiento de que hay una Providencia sabia bastó para tranquilizarle, aunque no comprende la "crueldad" que practicaba con él, impidiéndole el retorno de sus hijas. Ante él tenía una consideración general y metafísica, con la que proseguiría al día siguiente. La evolución de su pensamiento, como ha hecho notar el profesor Lorda, le ha llevado filosóficamente a enfrentarse con problemas fundamentales que ha de saber integrar: el sentido de la vida, la existencia de un Dios Providente, la libertad personal y la presencia del mal. En síntesis, el problema de las relaciones entre Dios y el hombre, pero los términos no estaban aún claros para resolverlo. ¿Cómo hacer compatible una Providencia sabia con el sufrimiento? Si no está en su mano regir el "destino", Dios se muestra en su conciencia como el origen, la fuente de ese sufrimiento, es decir, como un Dios cruel. Pero esta conclusión es un sin-sentido, y no tardaría en quebrar de nuevo la seguridad alcanzada.

Durante el día 29, pensó que lo lógico era resignarse ante esa providencia "impersonal", pero después se dijo: "si Dios es el que hace los hechos de la vida y da y atribuye y regala al hombre, yo

puedo en cambio rechazar el obsequio (...) y decididamente los rechazo, no los quiero; no me someto al destino que Dios quiere darme; no quiero nada con Dios, con ese Dios inflexible, cruel, despiadado. Fue una especie de furia, una como tempestad de ira alborotó mi alma; la rabia de la impotencia disconforme, de la libertad ineficaz. Me apareció claramente que sólo una cosa era libre para mostrar mi oposición a esa Providencia, que se me antojaba inaccesible y hostil: quitarme la vida". En esa opción encuentra "el acto de suprema libertad" como el estoico contempla el suicidio.

El Dios lejano, incognoscible y caprichoso, se le torna irracional. Un Dios que se confunde en su mirada intelectual con el Dios determinista que impide el ejercicio de la libertad, jugando inmisericorde con su vida. Se ve como el espectador de sus propios actos, y no como verdadero protagonista de su existencia. Pero el suicidio -pensó- no podía ser la verdadera solución pues nada resolvía y era un acto irracional: se encontraba en "un callejón sin salida".

2.5. El encuentro con el Dios-Hombre: la noche del 29 al 30 de abril

Morente, que razonando ha llegado a un punto muerto en sus reflexiones, decide volver atrás y repensar de nuevo todo su proceso mental. Después de este debate interno y de esta crisis se produce la conversión. El momento de su vuelta a Dios lo recuerda así: "haciendo un esfuerzo enorme de voluntad, me impuse la obligación de tomar algún descanso, de procurarme algunas horas de tregua en el pensamiento. Se me ocurrió poner en marcha la radio para ayudarme a la distracción. Estaban radiando música francesa (...) en orquesta, un trozo de Berlioz, intitulado L'enfance de Jesus (...) Cuando terminó, cerré la radio para no perturbar el estado de deliciosa paz en que esa música me había sumergido. Y por mi mente empezaron a desfilar -sin que yo pudiera oponerles resistencia- imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo. (...) Seguí representándome otros periodos de la vida del Señor (...) Y así poco a poco, fuese agrandando en mi alma la visión de Cristo, de Cristo hombre, clavado en la Cruz, en una eminencia dominando un paisaje de una infinita llanura pululante de hombres, mujeres, niños, sobre los cuales se extendían los brazos de Nuestro Señor Crucificado".

Morente está tratando de relatar "lo mejor posible, lo más fielmente posible, la escueta verdad de los hechos que me acontecieron". Esa visión intensa de Dios encarnado y anonadado que esconde su divinidad para hacerse más accesible a los hombres, que ama y sufre en silencio,

va a tener como consecuencia que logre vencer la barrera interior que le impedía hacer oración. Esa vecindad, es Dios cercano, invita a una relación personal, a un diálogo filial. E irá seguida de la recuperación de la fe, pues añade a continuación: "no me cabe la menor duda que esta especie de visión no fue sino producto de la fantasía excitada por la dulce y penetrante música de Berlioz. Pero tuvo un efecto fulminante en mi alma. Ése es Dios, ése es el verdadero Dios. Dios vivo; ésa es la Providencia viva -me dije a mí mismo-. Ése es Dios, que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los consuela, que les da alimento y los trae a la salvación". Aquí vemos un cambio radical.

Jesucristo, que es Dios y hombre, franquea la distancia infinita e insalvable entre Dios y el hombre. En cambio, a esa "Providencia que hace y deshace la vida de los hombres" como en un juego sin sentido, a ese "Dios teórico de la filosofía" (de su filosofía) no podría entregarse sin reservas. Pero "Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, a ése sí que lo entiendo y ése sí que me entiende. A ése sí que puedo entregarle filialmente mi voluntad entera, tras de la vida. A ése sí que puedo pedirle, porque sé de cierto que sabe lo que es pedir y sé de cierto que da y dará siempre, puesto que se ha dado entero a nosotros los hombres (...). Y puesto de rodillas empecé a balbucir el Padrenuestro", que tuvo que ir reconstruyendo. Lo mismo quiso hacer con el Avemaría.

La sensibilidad musical de Morente y la audición radiofónica de un trozo para orquesta, de Berlioz, L'enfance de Jesus será la vía por la que Dios se revelará como un Dios próximo para abrirle el corazón a la fe. Quedó sumido en un estado de gran paz, junto con la entrega confiada que se traduce en oración. Al fin, con la ayuda de la gracia ha recuperado su fe. "Permanecí de rodillas un gran rato ofreciéndome mentalmente a Nuestro Señor Jesucristo con las palabras que se me ocurrían buenamente". Comenta: "Es verdaderamente extraordinario e incomprensible cómo una transformación tan profunda pueda verificarse en tan poco tiempo". Se veía a sí mismo hecho otro hombre, tras el encuentro con Dios, tras abrirse a la acción de la gracia. Ha llegado por un camino que no preveía al final de sus reflexiones.

Ese Dios que al comienzo de sus análisis se presentaba como lejano, inaccesible, guardando silencio ante nuestros sufrimientos, como contemplándolos impassiblemente, le había dejado una sensación de que

la vida carecía de sentido. Ese Ser supremo que se había forjado en su mente como rector de los acontecimientos humanos le llevó a sufrir una crisis de resentimiento, que le llevó a rebelarse. Pero ese Ser supremo no era el Dios vivo, que le salía al paso tras su atormentada búsqueda, y que le llevaría a la conversión. La irrupción de la belleza musical, la armonía de aquella clara idea unida a la presentación de un Dios que se hace menesteroso, como nosotros, y entregado a hacer el bien hasta su muerte en una cruz. Un Dios que irrumpe en la historia de los hombres pero que a la vez respeta la libertad. Lo que a él le aparecía como indiferencia o silencio respondía a un profundo respeto por la libertad del hombre. Que -como había dicho Pascal- no era justo que Dios apareciera de una manera tan manifiestamente divina que la adhesión del espíritu no fuera libre, ni de una forma tan oculta que no pudiese ser reconocido por quienes lo buscaran sinceramente. El misterio de Dios se hace franqueable a una razón que no se autolimita en su comprensión, encerrándose ante el acceso a la trascendencia.

2.6. La solución al problema planteado

Morente vuelve a los años de su infancia, cuando aún trataba a Dios confiadamente, como había aprendido de labios de su madre, y la hybris intelectual aún no se había apoderado de él, borrando los contornos de un Dios Personal y próximo. Aquel Dios que tantas veces se había revelado envuelto en una nube impenetrable, se le descubre ahora como a Elías bajo el silencioso aparecer de una brisa suave. La alegría interior desborda su alma. Abre la ventana de la habitación: allá lejos divisa en la penumbra de la noche parisina la cumbre de Montmartre. Piensa entonces en los mártires, hombres y mujeres llenos de Dios capaces de entregar la vida por su fe. Quiere buscar un sacerdote, pero no sabe a quién puede acudir a esas horas.

La humildad le había permitido el acceso al Dios vivo. Por fin había concluido el itinerario de su búsqueda, a "la solución más clara y neta del problema de la vida en mí y fuera de mí": "La vida y los hechos de la vida, que Dios providente hace y produce, Dios también nos los da y atribuye. Pero nosotros los aceptamos, los recibimos libremente, y por eso son nuestros tanto como suyos. Son suyos porque Él es su Autor, creador, distribuidor y provisor. Son nuestros porque nosotros libremente los aceptamos de su mano. Ahí está el toque, ahí está la esencia de la Humanidad: aceptar a la vez sumisa y libremente. El acto más propio y verdaderamente humano es la aceptación libre de la voluntad de Dios".

Y concluye: "Querer libremente lo que Dios quiera: he ahí el ápice supremo de la condición humana". He aquí el mejor uso de la libertad humana, pues ésta no se anula al entregarse a la Voluntad divina, sino que se potencia.

"Postrado de rodillas, perdida la mirada en el lejano horizonte del caserío de París, recité con íntimo fervor una vez más el Padrenuestro, entregando libremente toda mi voluntad en las manos llagadas de Nuestro Señor Jesucristo". Toma una firme resolución después de recitar el Padrenuestro: "Lo primero que haré mañana será comprarme un libro y algún buen manual de doctrina cristiana. Aprenderé las oraciones. Me instruiré lo mejor que pueda en las verdades dogmáticas, procurando recibirlas con la inocencia del niño, es decir, sin discutir las ni sopesarlas por ahora. Ya tendré tiempo, cuando mi fe sea sólida y robusta, y esté por encima de toda vacilación, para reedificar mi castillo filosófico sobre unas nuevas bases. Compraré también los Santos Evangelios y una vida de Jesús". El nombre de Jesús, que repite una y otra vez, le evoca "una figura blanca, una sonrisa, un ademán de amor, de perdón, de universal ternura".

Su conversión concluye con una oración que es un acto de fe viva, y con la decisión de un nuevo modo de vida: ¡Querer libremente lo que Dios quería de él! Si era preciso, dar la vida, como habían hecho los mártires, gustosa y libremente; el sufrimiento tenía sentido con Jesús.

Era un hombre nuevo. En el reloj de la pared sonaban las doce. En su alma reinaba la paz. Sentado en su sillón pensaba lenta y reposadamente sobre su nueva condición y el modo de vida que debía adoptar. Había dado con la clave: el reconocimiento humilde de la realidad de su condición humana: creada, finita, pero amada por un Dios que se había encarnado para alcanzarle la dignidad de hijo suyo. Morente se abre al agradecimiento filial desbloqueando su espíritu, encerrado y resentido por su limitación, corta de raíz una de las causas fundamentales del ateísmo: la soberbia y el resentimiento.

2.7. Una cuestión en el candelero: Providencia divina y libertad humana

Precisamente en esos mismos años un filósofo sacerdote formado en el ambiente intelectual alemán, Romano Guardini se cuestionaba el carácter cristiano de la Providencia divina, como ha sabido apreciar García-Cuadrado. En efecto, en 1939 -en las vísperas del estallido de la II Guerra Mundial- publica su libro Mundo y persona en donde se propone sentar las bases de una concepción cristiana desde su particular personalismo filosófico. En el último capítulo se plantea la pregunta acerca del carácter de la idea de Providencia desde la perspectiva cristiana.

Según Guardini existen dos interpretaciones insuficientes que se han dado a lo largo de la historia acerca de la idea de Providencia. A la primera actitud la podríamos denominar como "numinosa" y se define a partir de la noción de "orden" que se experimenta en diversos niveles: en el mundo físico y biológico; en la esfera psicológica; en la esfera espiritual; y, por último en la esfera de la historia. Este último es el ámbito de la realidad que nace por el efecto de la libertad humana. La Providencia "sería entonces la contextura de orden de la existencia misma, tan pronto como es experimentado como un hecho de carácter numinoso: como un sentido y una potencia que provienen de Dios, en los que el hombre confía con confianza religiosa, y que, a la vez, están impuestos a la fe del hombre" [20]. Según esta visión, "un hombre se encuentra en la providencia, tan pronto le es claro que todo acontece en la naturaleza según leyes necesarias y reglas cognoscibles, y afirma estas leyes y reglas. El hombre se percata de que son expresión de realidad y sentido y, por tanto, inalterables; que no pueden ser ni modificadas ni eludidas. (...) El hombre experimenta que, tan pronto como se sitúa sinceramente en ellas, también ellas se lo incorporan y lo sustentan. (...) Quien reconoce y quiere esto, y no sólo como mera ley del ser y del acontecer, sino como expresión de un sentido divino y de una potencia primaria sagrada, vive en la providencia" [21].

La segunda explicación insuficiente hunde sus raíces en la Modernidad, y viene a ser el contrapunto de aquella visión estática del orden: ahora "no hay ya orden ninguno que exista en sí mismo, independiente del ser del ente. Lo único que existe es el torbellino caótico de fuerzas y materia que la voluntad tiene que conformar. (...) El hombre llegado a su mayoría de edad tiene que reconocer que sólo hay exactamente tantos órdenes como él mismo puede crear y mantener; que no tiene protección ninguna, sino que situado en un caos carente de sentido en sí, sólo puede confiar en lo que él tiene de ser y de fuerza. Aquí la Providencia MERGEFIELD providencia se convierte en algo distinto. Ya no significa, en absoluto, algo objetivo. La existencia misma no es, de ninguna manera, pre-visora, ni menos aún, existe en ella una potencia divina, sabia y bondadosa. Más aún, la

realidad es lo contrario de ello, es algo caótico e indiferente. (...)
La providencia sólo puede hallarse aquí en la clarividencia misma del hombre. (...) Significa que sabe perfectamente lo que quiere, que proyecta la imagen de su voluntad en el espacio de tiempo que le está concedido y que, apoyado sólo en su propia fuerza, impone aquella imagen de un modo preciso, precavido y duro a la vez. Si logra esto, si, gracias a su libertad interna, se pone de acuerdo con la vida, indiferente e implacable, si posee decisión y constancia bastantes, entonces la materia de la realidad se pliega a sus deseos y su visión y previsión se confirman. Lo religioso aquí está constituido por la audacia misma del proceso, por el carácter creador del impulso; un impulso sustentado quizá además por el imperativo secreto de la existencia, la cual espera que, forzada por hombres de voluntad fuerte, se verá obligada a producir lo más elevado" [22]. Los ecos del vitalismo nietzscheano parecen evidentes.

Frente a estas dos explicaciones insuficientes, Guardini coloca el sentido "bíblico" de Providencia. Según éste último no cabe una actitud resignada y fatalista de la Providencia; más bien parece afirmar: "Convierte en centro de tu vida el deseo de Dios, el cuidado por su reino, y el mundo cambiará en torno tuyo; los órdenes de la existencia se pondrán a tu servicio, los acontecimientos tendrán lugar y las cosas irán a tu encuentro en la forma mejor para ti" [23]. De esta manera, "la providencia no es, por tanto, algo inconcluso; no un orden del curso universal, oculto quizá y difícilmente accesible, pero, sin embargo, dado y cognoscible por el hombre, y en el que éste pudiera, por tanto, insertarse. La providencia es, más bien, algo en devenir, y que deviene en dirección al hombre que se abre camino a la pureza de la fe y al amor del reino de Dios... Pero tenemos que ser más precisos. Providencia es también algo que tiene lugar sin el hombre del que en el momento se trata; providencia es el conjunto del acontecer universal, el cual es un gobierno de Dios y está pensado por él, el creador y guía de la vida, en orden a la salvación del hombre. Sin embargo, esto sólo constituye el comienzo de la providencia. A su esencia propia y a su plenitud llega, cuando el hombre al que está dirigida entra con fe responsable en aquella transformación de la existencia de la que habla Jesús. Las cosas se comportan en derredor suyo de una manera diferente a como, en otro caso, lo harían; le son ordenadas por Dios de una manera especial. El mundo en su torno aparece en una conformación de sentido y de eficiencia, cuyo motivo está constituido por el amor del Padre por sus hijos" [24].

Me he detenido en examinar la propuesta de Guardini para intentar

mostrar cómo por caminos muy distintos en unas fechas sorprendentemente cercanas, dos filósofos aparentemente desvinculados intelectualmente alcanzaron conclusiones parecidas. En el caso de Morente su pensamiento viene mediado por una fuerte experiencia interior de tipo religioso; en Guardini, por el contrario, nos encontramos con un filósofo cristiano que ha madurado intelectualmente una visión personalista de la historia y de la libertad. En ambos la Providencia aparece dotada de una finalidad, un sentido proveniente de una Sabiduría superior; pero la libertad humana forma parte decisiva del cumplimiento de esa Providencia. No se trata en modo alguno de un orden cerrado y estático, sino un orden abierto a la libertad humana. El verdadero protagonista de la Historia es realmente el hombre, pero no al estilo nietzscheano que intenta eliminar a Dios de la Historia. En la perspectiva de Morente (y como hemos visto, también de Guardini), Dios es el Señor de la Historia, pero el protagonista es también verdaderamente el hombre. Con otras palabras: dotando al hombre de conciencia, de capacidad de conocer y de actuar, Dios ha fundamentado toda historia; definiendo la esencia del hombre y dimanando de ella, la historia es implícita al hombre, ha sido "concreada" con él; y quien la ha creado es también el Señor de la historia.

Notas

1 GARCÍA MORENTE, M., *Ejercicios Espirituales*, Presentación por M. de Iriarte, Madrid 1961; cfr. GARCÍA LAHIGUERA, J. M., *Espiritualidad de García Morente*, en ABC, 7. XII. 1967.

2 *El Hecho extraordinario*, II-2, p. 438.

3 Ibidem.

4 En 1956, catorce años después de su muerte y dieciocho de su conversión se publicó en la obra de Iriarte El profesor García Morente, sacerdote, por vez primera el relato del Hecho extraordinario. El libro más que una biografía como tal, viene a ser -como escribe Lora Tamayo (ABC I.V.86)- "La relación documentada de

las circunstancias que rodearon a García Morente", prosiguiendo el estudio iniciado por Quintín Pérez. Mons. García Lahiguera dejó escrito:

"Días antes, el padre Quintín me había visitado en el seminario, donde yo desempeñaba el cargo de director espiritual. El Señor me concedió la gracia (así lo considero) de dirigir espiritualmente el alma de García Morente, desde su entrada en el seminario hasta el día de su muerte (...).

Conocedor de mi trato íntimo espiritual con Morente, me pidió algunos datos con qué entretener el capítulo destinado a él en la obra que preparaba sobre intelectuales convertidos. Quedé perplejo. Yo poseía un verdadero tesoro, todavía inédito. Nadie más que yo conocía el detalle íntimo de la conversión de Morente. Lo guardaba en el secreto más profundo. Y, dar pormenores sueltos para tan sólo unas páginas, más o menos anecdóticas, me pareció deshojar una hermosa flor.

Di largas, hasta entregar al patriarca-obispo Mons. Eijo y Garay las sesenta densas cuartillas que escritas de puño y letra por Morente, revelaban la historia minuciosa del proceso de su conversión. Pensé que había sonado la hora de Dios, el momento providencial de dar a conocer un secreto que, hasta entonces, guardé con pudor y santo respeto. Esa carta de conciencia, verdadera historia de su camino de Damasco, Morente la tituló con acierto "Hecho extraordinario". Lo era. Y, en sus primeras páginas, escritas con sencillez evangélica, con humildad profunda y sinceridad encantadora, se encuentra el nervio de la espiritualidad de su alma.

La gracia no destruye la naturaleza: la diviniza, la deifica. A cada alma, Dios la trata según es. Morente era ante todo un intelectual", GARCÍA LAHIGUERA, J. M. *Espiritualidad de García Morente*.

5 MILLÁN-PUELLES, A., "Prólogo" al libro GARCÍA MORENTE, M., *El hecho extraordinario y otros escritos*, Madrid 1986, p. 13.

6 GARCÍA MORENTE, M., II-2, pp. 395-396.

7 GARCÍA MORENTE, M., II-2, p. 509.

8 Entrevista a MILLÁN-PUELLES, A., *Nueva Revista* n° 57, Junio 1998, p. 32.

9 Cfr. "Diario de los ejercicios espirituales", II-2, pp. 458-484.

10 GARCÍA MORENTE, M., *El hecho extraordinario*, II-2, p. 39. En este apartado me inspiró en ideas que desarrolla Victor Sanz Santacruz en su "Fenomenología y Psicología de la Religión", (pro manuscrito). Pamplona 1998.

11 CLAUDEL, P., *Mi conversión*, en "Oeuvres en prose", Gallimard, Paris 1965, p. 1010.

12 CLAUDEL, P., *Ibidem*.

13 GALINDO, J. A., *Del "sin-sentido" al "sentido" en la conversión de San Agustín*, en "Agustinus", 32 (1987), pp. 310-311. El estudio del sentido ha sido un tema recurrente en estos últimos años al analizar la conversión.

14 Cfr. "Epílogo", II-2, pp. 573-577.

15 GARCÍA MORENTE, M., *El Hecho extraordinario*, II-2, p. 428. La otra vez que le ocurrió fue en 1914 al nacer su hija mayor, María Josefa. "Yo nunca he padecido trastornos nerviosos -narra Morente- salvo dos

veces en mi vida; la una, en 1910 (tenía yo, veinticuatro años) estando en Alemania; sentíame fatigado de esfuerzos intelectuales, y fui a pasar un verano a una islita del mar del Norte, llamada Amrun. Allí tuve un día un ataque de nervios, con pérdida de conocimiento, y el médico de la localidad diagnosticó epilepsia. El diagnóstico era verdaderamente falso, pues yo regresé enseguida a Berlín, asustado y fui a consultar al doctor Lewandowsky, que refutó cumplidamente el diagnóstico y atribuyó todo sin vacilar al estado de fatiga intelectual en que me hallaba. Quedóme durante unas semanas una ligera agorafobia, que enseguida desapareció".

"También me encontraba muy cansado física e intelectualmente, y además la tensión nerviosa que un parto largo de mi mujer había producido en mí, fue sin duda la causa de que tuviera un ligerísimo ataque, que, desde luego, fue atribuido a la fatiga. Y desde entonces, efectivamente, no he vuelto a sentir nada".

16 El tribunal estaba compuesto por Gumersindo Azcárate, Ortega y Gasset, Bonilla San Martín, José de Castro y José de Caso. Predominan los miembros de la Institución Libre de Enseñanza.

17 GARCIA MORENTE, M. J., "*García Morente, íntimo*", Jaén 1987, Boletín IEG, p. 14.

18 Cfr. II-2, "Epílogo", p. 486.

19 GARCÍA MORENTE, M., *Carta a Antonio Obregón. Poyo (2-XI-38)*, II-2, p. 523.

20 GUARDINI, R., *Mundo y persona*, Encuentro, Madrid 2000, p. 149.

21 Ibid., p. 150.

22 Ibid., p. 152.

23 Ibid., p. 157.

24 Ibid., pp. 157-158.